

CRÓNICA

¿De verdad estaba loco Hölderlin?

Giorgio Agamben
regresa a la figura del
poeta alemán a través
de una crónica que
relata las circunstancias
que llevaron a tomar su
demencia como cierta

POR EDGARDO DOBRY

Tras un "prólogo" de unas 50 páginas, Agamben compone una crónica de cada año de la segunda mitad de la vida de Hölderlin, entre 1806 y 1843, alojado en casa del carpintero Zimmer y sumido en la demencia. El pensador italiano rescata el género de la crónica (tal como fue concebida en la Edad Media) porque los hechos de una vida —más aún cuando está "retirada del mundo"— no pertenecen a la historia. Durante los primeros tres años, la crónica de Hölderlin se contrapone, en página par, con los sucesos más importantes de su tiempo. Por ejemplo, en octubre de 1806, Hegel asiste, en Jena, a la entrada de las tropas francesas y cree ver, en Bonaparte, a

un "hombre que, montado a caballo y concentrándose en un punto, se expande hacia el mundo y lo domina". Por esos mismos días, la madre de Hölderlin lo obliga a regresar desde Homburgo a Nürtingen. En buena medida, esta doble cronología sirve para contrastar el desgraciado periplo del autor de *Los robles* con la apacible vejez de un Goethe rodeado de gloria.

En *Autorretrato en el estudio*

(2019) veíamos a Agamben en 1969, en la Provenza, junto a su maestro Heidegger. Ahora, cumplidos los 80, vuelve sobre Hölderlin, una de las preferencias heideggerianas. No en busca de la "esencia de la poesía", sino, sobre todo, del caso clínico. En *La locura...* se sugiere que se aceptó con demasiada facilidad la certeza de la demencia del poeta. El descenso desde las altas notas de sus traducciones de Sófocles y Píndaro, y de sus odas, hacia la pérdida del sentido dura unos cinco años: desde mayo de 1802, cuando abandona su trabajo como preceptor en Burdeos, hasta el momento en que el carpintero acepta tenerlo como huésped permanente.

Agamben no afirma que Hölderlin nunca estuvo loco, pero esgrime una serie de conductas, circunstancias, diagnósticos apresurados que ayudaron a tomarlo como un hecho irreversible. ¿A quién le convenía? Probablemente a su madre, que nunca lo visitó en Tubinga y que consiguió una pensión de Württemberg a pesar de su buena posición. A todos los que creyeron que la locura "debía ser certificada a toda costa". Tal vez al



La Torre Hölderlin, donde vivió el poeta, en Tubinga en 1955. ULLSTEIN BILD (GETTY)

propio poeta: cuando en 1805 su amigo Sinclair, de simpatías jacobinas, es acusado del intento de hacer de Suabia "un teatro de la anarquía", Hölderlin explotó "las sospechas de locura para salir del apuro". En cuanto al primer diagnóstico oficial, declara que su habla "suena medio alemán, medio griego y medio latín", cosa que, en parte, podría justificarse por la obsesiva dedicación a Sófocles

en aquellos tiempos. A partir de la reclusión en casa de Zimmer, en una habitación con ventanas al río Neckar ("la vista es realmente impresionante", anota Agamben), la medicación a base de belladona lo sometió al estado de apacible ausencia del que ya no emergería.

La documentación no es sustancialmente nueva; el lector en castellano dispone de *Hölderlin, el rayo envuelto en canción* (2008), de Antonio Pau, basado en fuentes parecidas: testimonios de su tiempo, las biografías, los *Ensayos filosóficos* del poeta (editados por Felipe Martínez Marzoa), la correspondencia. Pau recogía el testimonio de Heinrich Voss según el cual, en 1804, Goethe y Schiller, en Weimar, se rieron a carcajadas de las traducciones de Sófocles por Hölderlin, hoy consideradas insuperables. Agamben también destaca este episodio como elocuente muestra de la inadaptación del poeta a su tiempo. Pero desde la edición de Von Hellingrath se les otorga carácter profético a su figura y a su obra.

La locura de Hölderlin

Giorgio Agamben

Traducción de María Teresa D'Meza Pérez y Rodrigo Molina-Zavala
Adriana Hidalgo Editora, 2022
302 páginas. 21 euros